

LA ALBORADA
SEMANARIO
DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 8 de Mayo de 1875.

Núm. 30.

SUMARIO.

El ramo de violetas por la Señorita Adriana Buendia.—Una Flor á Maria por la Señora Juana Manuela Lazo de Elespuru.—A la pirámide de Cheops poesias por Carlos Augusto Salaverry.—Los Mellizos del Ilimani por la Señora Juana Manuela Gorriti.—Lagrima poesia por Ricardo Gutierrez.—Llorar despierto Dólora por Abel de la E. Delgado.—Maria por Constantino Carrasco.—La novicia, poesia por un Uruguayo.—El Leon de Piedra Cuento Chino Homenaje á la poetisa Adriana Buendia, poesia por Francisco Llanos Orejuela.—Colaboracion Boliviana Los crucificados por J. R. Gutierrez.—Mosaico por la Señorita Adriana Buendia.—Soluciones.—Charada.

EL RAMO DE VIOLETAS.

(HISTORIA CONTEMPORANEA.)

I.

ERA Alicia una muchacha de quince años, que poseía todos los encantos de la hermosura.

La bondad de su carácter, la pureza de su corazón y la ternura de sus sentimientos hacian de aquella jóven un ángel.

Yo gocé mucho de sus virtudes y de sus gracias, cuando nos educábamos juntas en el colegio, y era una sola cortina la que separaba nuestras alcobas.

¡Cuán agradables son los recuerdos de la infancia!

Si pudieramos volver á esos tiempos de felicidad, aceptaríamos gustosas la muerte, antes de dar un paso mas en el sendero escabroso de la vida.

He dicho, pues, que Alicia á mas de hermosa era buena, y añadiré por complemento que poseía una regular fortuna.

II.

Enrique era un calavera de esós que llaman de buen tono. Pertenecía á la numerosa falange de aquellos jóvenes que andan en pos de aventuras amorosas, y que darian hasta un ojo de la cara por una bailarina francesa.

No era feo; y como pertenecía á una familia distinguida estaba admitido en la sociedad, como uno de los principales candidatos al amor de las muchachas.

III.

Una noche clara y serena, como las poéticas noches de Venecia, Alicia estaba asomada á la ventana de su cuarto, y escuchaba á Enrique que así le hablaba de parte de la calle.

—Es posible, hermosa mia, que en tanto tiempo que nos amamos no me hallas concedido una sola prenda de tu cariño? Yo quiero que me des un amoroso recuerdo que me haga viva tu imágen en aquellos tristes momentos que no respire á tu lado.

—Enrique, le contestó Alicia, bajando la mirada con aquella angelical modestia que habia siempre en su semblante; si falta ya tan poco tiempo, para que un sacerdote bendiga nuestra union inseparable; por que exijas de mí prendas de un amor que es y será siempre tuyo?

—Por la misma razon que nada podrás

reservarme, y que serás toda mia dentro de tan breve tiempo, quiero que me concedas lo que hoy te pido, que me des un rizo de tus cabellos.

—¡Imposible!... Mi madre me encargó mil veces que nunca hiciera tal cosa; y hoy que vela por mí desde el cielo, no quiero quebrantar ese mandato.

—Pues creo que no me amas; y al negarme la prenda que de buena fé te reclamo, no haces mas que desgarrarme el corazón y obligarme á que me alze la tapa de.....

—¡Enrique!... interrumpió Alicia llorando.

—¿Con que no me das esa prenda?

—Espera un momento, le dijo, y entró la jóven á su dormitorio, trémula de dolor y pálida como una muerta. Pasado un momento, volvió á asomarse á la ventana, con un ramo de violetas en la mano, y conmovida, ahogando sus sollozos le dijo:

—Voy á quebrantar un juramento solemne; por tí voy á desobedecer á mí madre y á contrariar mis sentimientos; pero te amo, Enrique, mas que á mi misma, y quiero acceder á tus deseos, porque no dudes mas de mi cariño. Ten, pues, esta prenda que yo quiero que conserves con esmero, siquiera por lo mucho que me cuesta llegar á ponerla en tus manos.

Y le alcanzó el ramillete que Enrique llevó primero á sus lábios y despues al corazón, con ademán apasionado, diciéndole:

—¡Ángel mio! lo guardaré toda mi vida, como el mas precioso tesoro, como el emble-

ma misterioso de tu virtud, de tu modestia y tu cariño. Hé aquí cuanto yo deseaba!

Enrique se despidió tiernamente de Alicia, y apenas había avanzado diez pasos, comenzó á murmurar de esta manera:

—¡Qué tonta! hacerse rogar dos horas, salirle á uno con estas florecillas! Vaya con la linda Señorita que ya me vá fastidiando. Si no fuera por el dinero que tiene, ¡maldito! ni le volviera á mirar la cara. Pero muy pronto estaremos casados, entraré yo en posesion de sus bienes, y entónces ah! entónces será otra cosa!

IV.

Como la direccion que había tomado era del teatro, no tardó mucho en hallarse en aquella elegante plazuela que estaba llena de jente, y donde había grandes preparativos para una funcion extraordinaria.

Aquella noche tenía lugar el memorable beneficio de la Marchetti, que fué llevada en un carro triunfal por sus innumerables admiradores.

Enrique era uno de los campeones que se disputaban tan altos honores, y apenas logró colocarse junto al carro de la artista notó que el ramo de violetas que Alicia le había dado, le servia de estorbo.

Iba á arrojarlo al suelo con el mayor desprecio, pero obsequiándolo á una china que se hallaba entre la multitud, le dijo:

—Ten, mi vida, estas violetas que he comprado para tí. No me pierdas de vista, y mas tarde hablaremos.

V.

La noche pasó como todos deben saberlo, y Enrique no volvió á acordarse del ramillete ni de la china.

Al dia siguiente, tornó á ver á su futura Alicia y le repitió con mas entusiasmo que nunca las dulces palabras de costumbre, las protestas de su cariño y los juramentos de su lealdad eterna.

Alicia no le contestaba una sola palabra, y tenía baja la vista y el rostro bañado por la palidez de la muerte, sin que Enrique pudiera atinar con la causa de semejante metamorfosis.

De pronto miró la jóven á su amado, dos lágrimas se desprendieron de sus pupilas, y rompiendo el silencio en que había permanecido largo rato, le dijo:

—Enrique, ya no estarás descontento de mí: tienes, pues, lo que deseabas, una expresion de mi cariño, un objeto que hará que no me olvides, cuando estemos apartados, y que tú me has prometido conservar toda tu vida.

¿No es cierto?

—Si, bella esperanza mia; estoy muy satisfecho de mi suerte, pero mucho mas lo estaría, si me concedieras el rizo de tus cabellos que tanto te he suplicado.

—¿Que dices, Enrique? . . . Me exiges, por ventura, que te dé lo mismo que anoche he puesto en tus manos, obligada por tus repetidas instancias?

—Anoche! . . . á mí! . . . dónde? á qué hora?

—Aquí, en esta misma ventana, en el centro del ramillete

—Ah! sí, sí, ya me acuerdo!

—¿Con qué no lo habias visto? ¿Es ese el aprecio que haces de las prendas de mi cariño? Tal vez habrás obsequiado á otra persona las flores que yo misma he cultivado, ó al notar que te servian de estorbo, las habrás arrojado á la calle.

—No, Alicia; juro que en casa las tengo, en un precioso florero.

—Pues bien, traelas que quiero verlas en el instante, ó no volverás á verme en los dias de tu vida.

Enrique no puede resistir á la sentencia terminante de Alicia, y viéndose en tan atroz compromiso, lo confesó todo, asegurando que en aquellos momentos estaba un poco mareado, por haber apurado algunas copas de licor con sus amigos.

—Ya lo sabia yo todo—le dijo la encantadora jóven, recobrando la enerjia que le inspiraba su dignidad ultrajada—La morena a quien regalaste el ramillete de violetas es hija de la cosinera de esta casa, la misma que me lo obsequió á los pocos momentos que tú lo recibiste de mis manos, procurando agradarme con él en pago del buen modo con que la trato. Dios que vela siempre por el triunfo de la inocencia, ha permitido que de ese modo casual hayan vuelto á mi poder las flores y el rizo de mis cabellos. Pues bien, caballero: el hombre que sacrifica tan ruinmente la primera prueba de cariño de la mujer á quien ama, jamás podrá ser mi esposo.

Y dichas estas últimas palabras, cerró de un golpe las puertas de la ventana, dejando á nuestro hombre en la calle como una estatua.

¡Niñas incautas, que dais, á los hombres un rizo de vuestros cabellos, aprended esta leccion!

ADRIANA BUENDIA.

UNA FLOR A MARIA.

Tambien yo madre amorosa,
Quiero brindarte una ofrenda
En este mes que tus hijas
Con sus cantos te celebran.

Es una flor, madre amada,
La mas humilde y modesta,
Es solo la flor del alma
Que su perfume te eleva.

No está adornada con oro
Ni con brillantes ni perlas,
Ni rubies ni esmeraldas,
De la mundana opulencia.

Ella no es como el jazmin,
Ni es cual la rosa hechicera,
Ni como dalia ó magnolia,
Ni como blanca azucena.

Mas ella no se marchita
Y en eterna primavera
Sobre su tallo divino
Siempre lozana se ostenta.

Es su nombre la oracion
Que el pensamiento le crea,
Con el celestial rocío
De las mas santas ideas.

A ti señora te ofrezco
La única flor que me queda
En este mundo desierto
Que nada estable nos deja.

Tú sola eres mi esperanza,
La que me anima y consuela
Y á la única á quien confío
Mi desventura y mis quejas.

En los frecuentes pesares
Que mi corazon asedian,
Tu sola madre, has podido
Dulcificarme las penas.

Tu proteccion ¡oh Maria!
Nunca me falte en la tierra;
Mirame pues, con piedad
Desde tu trono de estrellas.

Y tu celestial amparo
Sobre mis hijos se estienda,
Librándolos de los males
Que aflijen nuestra existencia.

A todos, bendita vírgen,
Concédenos tu clemencia,
Y madres, hijas y esposas,
En tí su dechado tengan.

JUANA M. LAZO DE ELÉSPURU.

A LA PIRAMIDE DE CHEOPS.

(PARA LA "ALBORADA.")

I.

Yacen en tus entrañas, bajo el suelo,
Los reyes de esa egipcia muchedumbre
Que remontó á los aires tu techumbre,
Para tentar las cóleras del cielo.

Seis mil años asisten á tu duelo,
Y el ojo humano es fuerza se deslumbre
Soñando ver sobre tu inmóvil cumbre
Siglos y edades en redondo vuelo!

Ya el rayo, el viento, el sol, las tempestades,
Ya el núnem, las espadas, las hogueras
Vieron en humo y polvo tus ciudades.

Y caerás tambien . . . cuando iracundo
Arranque Dios, en sus venganzas fieras,
Su lecho al mar ó su equilibrio al mundo!

II.

De una nacion gigante y de guerreros,
Tus monarcas, tus teólogos estraños,
No hicieron mas que imbéciles rebaños,
Del sepulero sombríos jornaleros!

En las rocas tus sabios ingenieros,
Para tallar enormes tus peldaños,
Dieron labor durísima, treinta años,
A lejon de cien mil sepulturos!

Horror! En vano tu grandeza encomias,
Tu descollante cima y tu caverna
Que aun no ha dicho el secreto de tus momias.

Yo torno hácia la Grecia la mirada
A contemplar, en una aurora eterna,
Mas gloriosa pirámide—¡LA ILIADA!

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

Paris Marzo de 1875

LOS MELLIZOS DEL ILLIMANI.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

Grandos; y en efecto, se les hubiera creído gemelos. Sin embargo, Alvarez y Loaiza eran solo amigos.

Pero amigos, con esa amistad de la infancia, lazo mas fuerte que el parentesco y que el amor.

Hijos de dos familias unidas por una larga vecindad, nacidos en un mismo dia, meciólos la misma cuna, y de ella bajaron asidos de las manos para recorrer los senderos de la vida.

Juntos entraron á la escuela; juntos lloraron ante el terrible problema del alfabeto; juntos atravesaron el monótono espacio que se entiende desde el *Ba* hasta el *Zun*. Juntos hicieron las primeras travesuras, y juntos recibieron los condignos palmetazos. Juntos dejaron la miga para pasar al colegio; y juntos se rellenaron de griego y de latin; juntos hicieron su entrada en el mundo; juntos corrieron la vida borrascosa de solteros, y juntos pidieron, obtuvieron y recibieron en matrimonio á dos buenas mozas, amadas con idéntico amor, y con igual entusiasmo.

Pero hay! que aquí esa doble existencia se bifurcó de una manera dolorosa para aquellos dos corazones fundidos en uno solo.

Las esposas se rebelaron contra esa amistad llevada al terreno de lo sublime; creyéronse defraudadas en sus derechos al amor que contaran monopolizar; y la mujer de Alvarez miró de reojo á Loaiza; y la mujer de Loaiza dió á Alvarez con la puerta en las narices.

Pero ellos estaban demasiado habituados á esa vida de intimidad inalterable, para resignarse á romperla; y si el hogar del uno estaba vedado al otro, la ciudad les ofrecia su larga alameda, sombrosa y perfumada, donde los dos amigos pasaban largas horas entregados á las encantadas reminiscencias del pasado.

Vestidos con la rigorosa igualdad que usaron desde la infancia hasta la vejez, bajo cuya apariencia los presentamos, cubria sus hombros una capa española de color turquí, que contrastaba singularmente con sus cabelleras blancas de largos y plateados bucles.

Cada tarde á la hora del crepúsculo, cuando el sol se oculta, y que el sacro monte á cuya falda se estiende la opulenta *Chuquiago*, hace resplandecer en el éter la nieve de sus ventisqueros, y cambia en azul el rojo violado de su granítico pie, véase aparecer al mismo tiempo á los dos amigos, el uno atravesando el puente de Socabaya, el otro decendiendo la calle de Cochabambinos, reunirse bajo el arco de la alameda, estrecharse las manos y desaparecer juntos entre la fronda de los rosales.

En las pláticas de aquellos solitarios paseos, el presente y el porvenir estaban proscritos.

—Te acuerdas?—decia el uno, señalando el vuelo de una ave en busca de su nido.

—Te acuerdas?—decia el otro, escuchando á lo lejos las dolientes notas de un yaraví.

Y Alvarez dirijia una mirada de temor hácia la calle de Chirinos; y Loaiza otra de miedo hácia la plaza de San Francisco.

Un dia, Alvarez esperó en vano á su amigo: Loaiza no vino; y Alvarez regresó á su casa, quebrantado el corazon, y el alma llena de lúgubres presentimientos. ¿Cómo saber lo que habia sido de Loaiza? Alvarez estaba desterrado de la morada de su amigo; y el nombre de este proscrito en su casa.

Y la ausencia de Loaiza se prolongaba, y una terrible inquietud se apoderaba de Alvarez, inquietud que se aumentaba con la estraña alegría, que se pintaba en el semblante de su mujer.

Alvarez, fue á vagar en torno á la casa, de su amigo, y pasó ante su puerta.

El patio estaba lleno de gente arrodillada en la actitud de la plegaria.

Alvarez, con el corazon palpitante y la voz trémula, preguntó lo que aquello significaba.

—El dueño de esta casa está moribundo y le administran los sacramentos—le respondieron.

Alvarez cayó como herido del rayo, y fué conducido á su casa privado de conocimiento.

Tres dias despues dos féretros ocupaban lo alto de su catafalco, levantado en el templo de la Merced; y algunas horas mas tarde, la puerta del cementerio se abria para recibir los restos de aquellos que no habian querido separarse ni en la muerte, y que eran llamados *los mellizos del Illimani* por sus capas azules y sus nevadas cabelleras.

JUANA MANUELA GORRITI.

Lima, 1872.

LAGRIMA.

Anjel de mi terrestre paraíso
Estrella de mi noche funeraria,
Arrullo de mi sueño desolado,
Música de las selvas de mi patria,
Tórtola triste
Como una lágrima,
Sombra de mi reposo,
¿Adónde va tu alma sin mi alma?

Vibracion de mi espíritu, armonioso
Impulso de mi carne fatigada,
Atmósfera celeste de mi vida,
Rumbo de mi existencia solitaria:
Mitad errante
De mi esperanza,
Ya no te ven mis ojos!
Allí quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,
Pupila de mis ojos arrancada!
Caricias de mi madre enternecida,
Descanzo ¡ay! de la feroz batalla:
Templo caído
De mi plegaria;
En la tierra en el cielo
¿Adónde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,
Sola como el desierto de la pampa,
Mustia como los sauces del sepulcro,
Triste como la última mirada,

Como un sollozo,
Como una lágrima,
Así quedó tu alma sin la mia?
Así quedó mi alma sin tu alma!

RICARDO GUTIERRES.

LLORAR DESPIERTO.

DOLORA.

—Madre; por qué las niñas
Que están durmiendo,
Parece que sonrien,
Allá, entre sueños?
—Porque entonces no sienten,
Hija querida,
Que el mundo las ofende
Con sus espinas.
Mas, si al dormir sonrien,
Tambien observa
Que todas ellas lloran,
Cuando despiertan.
—¿Qué son las ilusiones,
Madre, en la vida?
—Sueños encantadores
Que nos dán risa.
—Por eso cuando pasan
Esas quimeras. . . .
Lloramos como niños
Que se despiertan!

A. DE LA E. DELGADO.

MARIA.

¿Qué noche tan profunda! Escuchad! Nada en la tierra, nada en el cielo! Todo está frio, silencioso, triste como el mármol de un mausoleo. Si pasara un angel extraviado, perdido en el espacio, al sentirse rodeado de aquella inmensa calma, descenderia quizá creyendo subir.

Pero escuchad! El horizonte blanquea, es el alba. Allá abajo, en los llanos; muy lejos, no ois como una plañidera melodia de la brisa? como la caída de las hojas de otoño que gira suspirando? como el susurro de un átomo alado que se mece en los aires? ¿No es el curso, casi insonoro, de un arroyo escondido? el vuelo de una golondrina á flor de agua? el roce de un vestido de gaza, cuando con frente brilladora, seno semi desnudo, rojo y palpitante todavia por un placer furtivo, una joven, mucho antes que amanezca, vuelve recatada al salon de baile?

Luego crece el alba insensiblemente, el rumor se infla. . . . Son dulces alientos, voces misteriosas que se mezclan, se confunden, se llaman, y como señales, se responden. . . . Diríase que era una comunión de angeles; diríase que eran mujeres que conversaban de la felicidad á media voz, á medias palabras, á media luz.

Luego movimiento, agitacion, ruido; todo despierta: es de dia! . . . Las harpas se conciertan, preludian, estallan en coro. El heroe de la fiesta ha aparecido, lo saludan

con salvas, se entona el *God save*; los tambores baten, el cañon retumba, el rayo brama, las campanas clamorean, el cielo y la tierra tropiezan, se entre-chocan, rivalizan todo se excita, se estimula, se armonisa El bronce, las campanas, el trueno. . . . Es la fiesta del Eterno!

Al travez de esa nube de flores y de incienso. . . . entre esos coros melodiosos de doncellas, distinguis bien la mas bella? Es Maria! No veis que Maria ha dejado á alguien allá arriba con quien aspira á reunirse, porque sus ojos se apartan dificilmente del cielo. . . . el cielo. . . . siempre el cielo. . . . por eso quizá son azules!

Muy pequeñita aun, su madre la habia arrullado con el relato de las maravillas de Dios, al monótono son del *Angelus*. . . . Maria no se deleitaba sino en las teatrales ceremonias de la iglesia romana, en sus oceanos de luz, en sus oleadas de incienso, en el estrépito de su organo.

Ella de perturbaba al tañido de la primera misa, y no dormia hasta el vibrar del *cubre fuego*. (1). Agnus, biblias de tafilete, rosarios de perlas, santocristos de zafir y oro fueron sus *juguetes*. . . . Su madre en fin la habia impregnado completamente de espiritualismo y misticismo.

Pobre Maria!

Ella creció así. . . . de extasis en extasis acostumbándose á ver á Dios donde quiera. Su vida se hizo contemplativa. Así nada indicaba ya su naturaleza. . . . Para ella no habia familia, ni amigos, ni patria! Dios! Dios solo! Estaba en relacion directa, en comercio intimo con Dios. . . . Olvidada en la tierra un instante, volvía á tomar posesion de su primitiva esencia; el mundo habia dejado de valorizarla; solo con los pies tocaba el suelo. . . . no lo tocaba. . . . lo pisoteaba. . . .

Pobre Maria! Acaba de vivir pronto!

Un convento.

Quien es esa virgen tan bella. . . . tan blanca, con ese largo velo negro?

—Iglesia, altar, luces y campanas, incienso y flores, organo estrepitoso. . . . biblias de tafilete, santocristos de zafir y oro extasis. . . . Ah! debe ser Maria!

Ya! tan joven! Empero sus ojos brillan con alegría celeste. . . . Si será una gran dicha el ir á morir?

Morir! —Un hombre se arroja, salta: es la velocidad de la tromba, la explosion de la desesperacion.—Un rival, sin duda rival de Dios! —El aparta, derriba la multitud, rompe la baranda, hace saltar la reja en astillas, salva el baluarte sagrado y cae sobre su presa.

Insensato!

Qué pueden las pasiones del hombre y sus tempestades contra una voluntad de granito!

Maria se levantó solemnemente el negro velo, recobró su actitud tranquila, magestuosa, inmutable, avanzó con paso firme

(1). Toque de campanas á las siete de la noche que antiguamente se dejaba oír en todas las Iglesias de Inglaterra para que se apagasen las luces y nadie saliese de su casa.

hacia un estrecho espacio que simulaba una tumba, se tendió en ella. . . . la cubrieron con un blanco sudario, entonó cada monja el monótono oficio de los difuntos. . . .

El oficio concluye, todo está consumado: Maria esta ganada para Dios. . . . Ahora va á vivir la muerte lenta del claustro. . . . cuantos años mas? veinte, treinta quizá. . . .

—Bien! ahora, levantad el sudario! Llamad!

“Sor Santa-Maria. . . .”

Sor Santa-Maria estaba muerta.

Traducion por
CONSTANTINO CARRASCO.

LA NOVICIA.

Murió para el mundo: deja
Su vana pompa, y se aleja
De su halago seductor.
Ave humilde, busca un nido
Solitario y escondido
Para elevar su cancion.

Halló muy pobres las flores
Y muy falsos los favores
Que el mundo á los suyos dá:
Y le es mas dulce y tranquilo
El melancólico asilo
De una celda y un altar.

Hoy goza ese dulce encanto
Por el cual suspiró tanto
Su corazon virginal:
Y cubre su casta frente
Religiosa y penitente
Con la toca y el sayal.

Mas le place la plegaria
Que alza el alma solitaria
Cuando el dia va á morir,
Que el himno audaz de la fiesta
Que al rumor de libre orquesta
Alza el mundo en el festin.

La muralla del convento
Pone dique al mar violento
De la pasion mundanal,
Y ella, de la amarga vida
En el mar náufrago herida
A sus puertas va á llamar.

Allí en tan santo retiro
Del cielo es cada suspiro,
Cada mirada es de Dios;
La lágrima derramada
Es una perla arrancada
Del fondo del corazon.

En su delicado abrigo,
La tristeza halla un amigo,
Halla un consuelo el dolor;
Y la virtud peregrina
Luz mas pura y mas divina
Para florecer mejor.

¡Bien haya el alma inocente
Que á su sombra dulcemente,
Que á su sombra duerme en paz!
Oh! ¡Bien haya la creencia,
Que á la púdica inocencia,
Da una celda y un altar!

UN URUGUAYO.

EL LEON DE PIEDRA.

(CUENTOS CHINOS.)

EN el gobierno de Tang-chou estaba situado un lugarejo llamado Chi-tian-tung, cuyas casas construidas de tierra y amontonadas unas sobre otras miraban á un rio de rápida corriente, y cuyos habitantes, en su mayor parte, no tenian fe ni ley, habiendo muy pocos que practicasen la virtud. Sin embargo, en medio de ellos vivia Ching-tang-tsui, hombre de mucha probidad y de una vida ejemplar, que ponía su felicidad en hacer el bien y en estar en paz con todo el mundo. Su esposa Chang-chi, gobernaba el domicilio conyugal con orden y economía. Su hijo llamado Tsui-yuen, era un jóven juicioso y de talento que, habiendo cumplido apenas diez y ocho años, habia ya leído y estudiado los poemas las máximas de los autores clásicos; sus padres le querian entrañablemente, teniéndole por una preciosa alhaja.

Un dia, un pobre bonzo vino á llamar á la puerta de Ching-tang para pedirle la hospitalidad. Chang, despues de arreglar de prisa su vestidura, corrió á su encuentro y le llevó á la habitacion reservada para los forasteros; luego se inclinó cortesmente y pidió perdon con mucha humildad al anciano religioso por su poco apresuramiento en recibirle.

Le pusieron una mesa con los manjares mas esquisitos que habia en la casa, y cuando hubo determinado su comida, Ching le preguntó al fin qué acaso le habia conducido por un camino tan poco frecuentado.

—Vengo, respondió, del Convento de las Cinco Pagadas y como la nube impelida por el viento, llego para tratar con vos de un asunto importante.

—Quizá, repuso Ching, el venerable padre viene á reclamar la caridad y el auxilio prescritos por las costumbres del imperio con aquellos que llevan á cabo una santa peregrinacion; podeis estar seguro de que no tropezareis con una negativa.

—Hé aquí un buen hombre pensó el bonzo.

Y luego añadió en alta voz;

—No, el pobre bonzo no ha emprendido ninguna peregrinacion, sabiendo que dentro de poco esta aldea debe sufrir una inundacion horrorosa, y no ha querido mas que advertiros á fin de que tomeis precauciones mientras es tiempo todavia. Tal es el objeto, el único objeto de mi viaje.

—¿Y cuándo ha de ocurrir esta catástrofe? preguntó Ching sorprendido.

—Disponeos á salir de aquí, respondió el bonzo, cuando veais que derrama lágrimas de sangre el leon de piedra que se halla á la entrada del arco Pan-tse, en la calle oriental del lugar.

—¿Pero no puedo al ménos anunciar á los habitantes la desgracia que los amenaza?

—¿Para qué? repuso el bonzo con amarga sonrisa; vuestros vecinos son hombres depravados que se echarian á reir de mi prediccion. Vos me habeis creído y os libra-

reis; sin embargo, este desastre tambien será para vos origen de grandes males, pero al ménos saldreis con la vida salva.

Y tomando entónces un lapiz y un papel, escribió los versos siguientes que entregó á Ching:

“El cielo envia los diluvios y las inundaciones.

“Si encontrais animales generosos y agradecidos, salvadlos;

“Si encontrais un hombre, continuad vuestro camino sin dirijirle siquiera una mirada de conmiseracion;

“El beneficio engendrará la virtud;

“La cautividad será el premio de la misericordia.”

Ching no pudo penetrar el sentido oculto de estos versos.

—Algun dia los comprendereis, dijo el bonzo levantándose para partir.

En vano Ching le instó para que aceptara de regalo una barra de plata.

—El pobre bonzo, respondió, es un vapor errante; ¿de qué le serviría esa riqueza?

Despues de haber acompañado hasta la puerta al pobre religioso, lo primero que hizo Ching fué comunicar á su esposa la terrible noticia que habia recibido.

Inmediatamente enviaron tres criados al Hwang-hó (rio amarillo) para alquilar embarcaciones, y como preguntasen los aldeanos cuál era la causa de tantos preparativos, Ching respondió que queria tener barcas para librarse de la inundacion que estaba á punto de sumergir la aldea.

Los vecinos se burlaron de su sencillez, pero él no hizo caso de sus burlas. Todos los dias su mujer iba al arco de la calle oriental para ver si el leon de piedra habia derramado lágrimas de sangre, y ya hacia algunas semanas que daba este paseo, cuando un dia los cortadores del lugar á quienes habian contado la prediccion del anciano bonzo, queriendo divertirse con su credulidad, mancharon la cara del leon con la sangre de un carnero recién despedazado. La mujer viendo al otro dia esta sangre en la cara del leon, corrió á dar parte á su marido quien mandó trasladar al punto sus muebles y cuanto tenia á las barcas que habia alquilado con este fin. Hecho esto, reunió á sus criados jóvenes y viejos y se embarcaron todos, sin que uno solo quedara en tierra.

El sol enviaba entónces sus rayos abrasadores sobre la tierra y el calor era intolerable; pero apenas este astro desapareció en el horizonte comenzaron á juntarse nubes sombrías y muy luego la lluvia comenzó á caer á torrentes. Por fin, en la tercera noche el rio salió de madre y la aldea sumergida no ofreció, en breve, mas que una escena de desolacion.

Los habitantes trataron de huir, pero todos fueron alcanzados por las aguas, y perecieron en su mayor parte.

De este modo el justo cielo castigó la dureza de aquel pueblo, en tanto que, gracias á un aviso milagroso, se salvaron los pocos que practican la virtud.

Quando las dos embarcaciones de Ching

hubieron llegado en medio del rio, el agua comenzó á subir y sumergió sus escarpadas márgenes con un ruido espantoso. El primer sér vivo que distinguió la colonia flotante fué un mono que habia arrastrado la corriente y que en vano trataba de mantenerse sobre el agua. Ching, movido de compasion, mandó le arrojaran una caña de bambú, gracias á la cual pudo llegar á la orilla.

Muy luego pasaron cerca de un árbol arancado en cuyas ramas una corneja habia hecho su nido y cuyos pequeñuelos no tenían aun bastante fuerza para volar; pero el buen Ching mandó á sus sirvientes que los ayudasen por medio de una vara á salir del nido y todos ellos, estendiendo sus tiermas alas, llegaron á la orilla sin accidente.

Por fin, en un recodo del rio distinguieron á un hombre que no pudiendo resistir á la corriente estaba á punto de hundirse y lanzaba gritos desesperados.

—Apresuraos á socorrerle, gritó Ching á los barqueros.

—Querido esposo, dijo la mujer, no te olvides de las palabras proféticas del bonzo: “Si es un hombre, continuad vuestro camino sin dirijirle siquiera una mirada de conmiseracion. El beneficio engendrará la ingratitud. La cautividad será el premio de la misericordia.”

—¿Con qué hemos salvado á séres de un órden inferior repuso Ching, y permaneceríamos insensibles á la vista de uno de nuestros semejantes espuesto á una muerte cierta?

Y ordenó á sus hombres que alargaran unas cañas de bambú, á cuyo beneficio el que estaba á punto de ahogarse llegó á la barca. Ching le recibió con suma bondad, le dió vestidos secos y le hizo tomar descanso.

Al otro dia y como hubiera cesado la lluvia, Ching envió á tierra á varios de sus servidores para saber cuál habia sido la suerte de la aldea. Estos se sorprendieron con no encontrar vestigio alguno de la poblacion, pues en el sitio en que antes se elevaba no descubrieron mas que una vasta llanura fangosa, en medio de la cual solo habia quedado en pié, aunque con muchas averias, la casa de Ching.

Una vez que se hicieron las reparaciones necesarias, Ching volvió á su casa con su familia; pero de cada diez de sus vecinos apenas volvió á ver uno.

Entónces Ching preguntó al hombre cuya vida habia salvado si no deseaba volver al seno de su familia.

—Yo soy, respondió éste, el hijo del carnicero Lin que vive bajo el arco del leon de piedra. Me llamo Lining; la inundacion me ha arrebatado á un tiempo mis padres y mi casa: ¿adónde puedo ir? Permitidme, pues, que os lleve el quitasol como el último de vuestros criados, y asi os probaré mi gratitud por el beneficio que me habeis dispensado.

—De este modo, contestó Ching, quedaos con nosotros y consideraos como un hijo adoptivo.

Lin aceptó este generoso ofrecimiento dando las señales de gratitud mas viva.

El tiempo vuela con la rapidez de la flecha; las semanas y los meses pasan con tanta velocidad como la lanzadera del tejedor. Medio año habia trascurrido despues de los sucesos que acabamos de contar, cuando la princesa Chang, madre del emperador, perdió un brazaletes de mucho valor. El emperador Jintsang mandó publicar en todas las provincias un edicto prometiendo un grado elevado en la magistratura al que descubriera la joya perdida.

Aquella misma noche tuvo Ching una vision; á sus ojos apareció un anciano que parecia decirle:

—La emperatriz madre ha perdido un brazaletes de jaspe, y este brazaletes ha caido en la fuente de pórfido situada en el patio interior del palacio de Ton-King. El justo cielo os envia este aviso en recompensa de vuestras modestas virtudes; transmitidlo á vuestro hijo y que pase sin tardanza á la capital á fin de que reciba la recompensa prometida.

En la mañana siguiente cuando Ching-tang contaba esta vision á su mujer, sus criados entraron á decirle que acababan de pegar á la puerta del magistrado de la aldea una proclama cuyo contenido se hallaba en perfecto acuerdo con la comunicacion de aquella noche.

Esta noticia le colmó de júbilo y queria enviar inmediatamente á su hijo á Tong-King; pero su mujer se opuso diciéndole;

—No tenemos mas que un hijo y haríamos muy mal en separarnos de él. El cielo reparte las riquezas, la fortuna y nacimiento de cada uno; créeme querido esposo, nuestro hijo es bastante rico.

Miéntas hablaba así, Lin-ing se acercó á sus padres adoptivos y exclamó:

—Vuestro nuevo hijo no ha tenido todavia ocasion de manifestaros su gratitud; permitidme que poniéndome en el lugar de mi hermano, vaya á dar parte al emperador del aviso que habeis recibido del cielo, que si me conceden alguna recompensa en premio de este servicio, vendré á depositarla á los piés de vuestro hijo idolatrado.

Ching aceptó esta proposicion; dió á Ling dinero para el viaje y ordenó que se hiciesen sin tardanza todos los preparativos.

En la otra mañana Lin-ing se despidió de sus padres adoptivos; y en el momento en que iba á ponerse en marcha el anciano le repitió esta recomendacion:

—Si sales bien en tu empresa, hijo mio, no seas ingrato.

Lin renovó su protestas de fidelidad y salió de la casa.

Muy luego llegó á Tong-King, y habiéndose dirijido al palacio imperial, fué introducido por los guardias á presencia del maestro de ceremonias, á quien declaró su nombre y el objeto de su viaje, designando el lugar donde estaba la joya perdida.

El maestro de ceremonias ordenó que Lin fuese hospedado convenientemente en una posada, y se fué á transmitir respetuosamente al emperador la comunicacion que habia recibido.

La emperatriz madre supo la noticia á su vez, y en efecto recordó, que habiendo ido con sus damas de honor, en una hermosa noche de otoño, al patio interior para disfrutar del magnífico espectáculo que ofrecía la luna, se habia sentado cerca de una fuente de pórfido y podia haber sucedido que al meter la mano en el agua fresca y cristalina hubiese dejado caer el brazalete.

Enviaron inmediatamente una sirvienta del palacio para que registrara el piton de la fuente, y allí se encontró la joya, segun el viajero habia anunciado.

El emperador llamó al punto á Lin-ing para preguntarle como habia tenido conocimiento de aquel hecho, y este respondió sin vacilar que un sér sobrenatural le habia aparecido en sueños y le habia hecho aquella revelacion.

—Claro es, observó el emperador, que debeis poseer algun mérito extraordinario para haber recibido semejante marca del favor del cielo.

Y sobre la marcha le otorgó el titulo de yerno del emperador, concediéndole la mano de la segunda princesa imperial, y le señaló por residencia el palacio del Fu-ma. (1.)

El jóven ingrato, deslumbrado y corrompido por su repentina elevacion y por el esplendor de su fortuna, olvidó sus promesas solemnes y las bondades con que le habia colmado su bienhechor.

Dos meses habian trascurrido despues de su marcha, y Ching-tang esperaba de dia en dia con la mayor impaciencia el resultado de su mision, cuando un viajero que venia de la capital anunció que Lin habia sido honrado con la alianza imperial y que vivia del modo mas suntuoso.

Ching resolvió entónces enviar á su hijo acompañado de un criado fiel, y en efecto, despues de haberse despedido respetuosamente de su padre, Tsui-yuen partió para la residencia del emperador.

Cuando hubo llegado á su destino, se puso en busca de una posada donde pasar la noche, y al otro dia se encaminó al palacio del Fu-ma, á fin de darse cuenta del verdadero estado de las cosas.

En el momento en que se aproximaba á la puerta, los batidores se adelantaron gritando en alta voz:

—Paso á su Excelencia.

Tsui-yuen se arrimó á la pared para esperar á Lin-ing. Este apareció en breve á caballo, dirigiéndose rápidamente hacia el palacio; pero cuando distinguió á su hermano adoptivo que hacia ademán de llegarse á él, exclamó con ira:

—¿Quién es ese insolente? Guardias, asegurad su persona,

—Hermano, hermano, repuso Tsui-yuen, ¿por qué te niegas á reconocerme?

El advenedizo, aunque hervia de indignacion, se contentó con decir:

—Yo no tengo hermano.

Y sin mas explicaciones, Tsui-yuen fué

[1] Fu-ma, título de los yernos del emperador.

arrastrado dentro del palacio y debió sufrir el cruel suplicio del hambre; luego le arrojaron en un encierro, negándole todo alimento.

Su criado, sabedor de aquella desgracia, pidió permiso para verle; pero le fué negado.

Cuando Tsui-yuen hubo contado á sus carceleros su lamentable historia, éstos, enternecidos de compasion, trataron de dulcificar en lo posible la suerte del cautivo; pero ¡ay! ¿cómo Tsui, que estaba acostumbrado á una vida buena y regalada, habria podido resistir á tamaña prueba?

Atormentado por la sed y el hambre, deseaba ardientemente un poco de comida para calmar sus torturas, cuando un dia que se paseaba en el patio de su cárcel, distinguió un mono que saltaba la pared exterior. El animal bajó y presentó al preso un pedazo de carne cocida. Tsui-yuen se acordó entónces del mono que su padre habia salvado de la inundacion, y creyó descubrir una semejanza entre aquel animal y el que acaba de socorrerle.

Tomó y comió muy agradecido los alimentos que le habia proporcionado. Al cabo de algunos dias el mono continuó visitándole así de tiempo en tiempo para atender á las necesidades del hijo de su bienhechor, que en breve no dudó ya de la identidad. Los carceleros, testigos de esta maravilla, cuya explicacion les dió el preso, no pudieron ménos de exclamar:

—Los animales pueden ser agradecidos; en tanto que olvida el hombre los beneficios que recibe.

Las cornejas comprendieron su deseo y se lo demostraron revoloteando en todos sentidos y agitando sus alas.

Tsui, que habia obtenido de sus carceleros un lápiz y papel, escribió una carta, la cerró y la ató bajo el ala de una de las cornejas que echó á volar al punto.

Muy luego llegó á la morada del anciano Ching, quien sentado tristemente cerca de su esposa, se perdia en conjeturas sobre el inesplicable silencio de su hijo.

De repente la corneja entró volando en el cuarto y se quedó sorprendido, pero en breve columbró el rollito de papel atado á su ala y se apresuró á tomarle y á leerle.

¡Era la letra de su hijo! Al saber la negra ingratitud de Lin-ing y las desgracias que habian caido sobre su hijo idolatrado, se abandonó á un violento acceso de desesperacion, y su muger mezcló sus lágrimas con las suyas.

—¿No tenia yo razon, dijo la esposa, en querer ponerlos en guardia contra ese hombre malvado?

—Es verdad, respondió el marido. Los animales se han mostrado agradecidos; pero el hombre ha sido un verdadero monstruo de ingratitud y crueldad. Preciso será que vaya yo en persona á Tonhking para enterarme del estado de las cosas.

—Apresuraos, no perdais un instante repuso Chang-chi; nuestro pobre hijo se halla en la aflicion.

Al otro dia Ching, despues de haber terminado sus preparativos y despediéndose de su muger, se puso en camino y llegó muy luego á la capital. Así que se hubo proporcionado una habitacion, comenzó á recorrer la ciudad en busca de noticias, y encontró por acaso al criado que habia acompañado á su hijo. El infeliz, vestido de harapos, se veia reducido á mendigar su pan de puerta en puerta.

En cuanto distinguió á su amo, corrió hacia él y le cubrió de besos y de lágrimas. Ching-tang, aunque sofocado por la emocion, le hizo mil preguntas, y supo todos los detalles de la traicion de su hijo adoptivo. No pudiendo creer tan negra perfidia, resolvió marchar sin tardanza al palacio para tener una entrevista con Ling-ing; pero su fiel servidor hizo todos sus esfuerzos á fin de disuadirle, conociendo muy bien que la violencia del ingrato advenedizo no haria mas que atraer nuevos infortunios sobre la cabeza de su amo.

Miéntas hablaban asi llegaron unos guardias anunciando que iba á pasar el yerno del emperador, el ilustre Fu-ma (título con que designaban entónces al ingrato Lin-ing), y el populacho inmediatamente le abrió calle. Ching se colocó en un punto á propósito, y cuando vió aparecer á su hijo adoptivo, le dijo en alta voz:

—Lin-ing, hijo mio, ahora que eres rico y estás lleno de honores, ¿has olvidado á tu padre?

El Fu-ma alzó los ojos al oír estas palabras, y reconociendo á su bienhechor, pasó adelante sin volver la cabeza.

Ching-tang le siguió corriendo hasta la reja del palacio que no le permitieron atravesar, y en vista de esto, el anciano, rebotando de cólera exclamó:

—Consiento en que te niegues á reconocerme; pero ¿por qué has condenado á mi hijo inocente á la cárcel y á los tormentos?

Y despues de haber pronunciado estas palabras se derigió hacia la morada del juez Pau-Kong (1).

En el momento en que llegaba á ella, Pau volvía justamente del templo donde habia quemado incienso en honor de la divinidad.

El infeliz padre se arrojó á sus plantas y le suplicó que le diese oídos. El juez equitativo le admitió en su palacio y le interrogó minuciosamente. El anciano, al contar su historia, no pudo contener sus lágrimas, de tal modo la desgracia le habia abatido.

Pau envió un empleado á la cárcel para informarse con los carceleros si habian encerrado á un hombre llamado Tsui-yuen y por qué causa.

—Si, respondieron, tal dia de tal mes Tsui-yuen ha sido enviado aquí por el Fu-ma; le niegan toda clase de alimento y le tratan con rigor estremado.

El juez ordenó inmediatamente que dulcificasen la suerte del cautivo, y al otro dia mandó un mensajero á Lin-ing para convi-

(1) Pau, ministro de la justicia en tiempo del emperador Jin-tsang, que reinaba por los años 1000, es aun célebre entre los chinos por la equidad y la independencia de sus fallos.

darle con toda ceremonia á un banquete.

Lin aceptó gustoso, y habiendo introducido Pau á su convidado en la sala mas recóndita de su palacio, ordenó á sus guardias que permanecieran fuera y no dejasen entrar ni salir á nadie.

Después de la comida, durante la cual se bebió abundantemente, el juez preguntó con una cólera fingida, por qué les dejaban sin vino.

El escanciador en jefe respondió que todo habia sido bebido.

—Pues ya que no hay mas vino, replicó Pau riendo, traed agua y vendrá á ser lo mismo.

Los criados obedecieron y volvieron en breve con un cántaro lleno. El juez habiendo echado de esta agua en una copa, la presentó ceremoniosamente á Lin-ing, diciendo:

—Noble Fu-ma, ilustre señor, acomodados á las circunstancias y contentaos con esto.

—¡Pau-kong, olvida el respeto que se me debe, pensó Lin-ing.

Y elevando la voz respondió con ira;

¡Juez, pareceis amigo de broma. El emperador me ha ennoblecido y promovido á una dignidad elevada; mi posición es digna de respeto. ¿Por qué me haceis la afrenta de ofrecerme agua en lugar de vino?

—Noble Fu-ma, repuso Pau, no tengais mucho orgullo con vuestra categoría. Todos los altos dignatarios del imperio han podido inclinarse ante vuestra elevación, pero hay un tal Pau-kong que se toma la libertad de despreciaros. Quizá os dignareis beber esta agua en recuerdo de la que tragásteis en el río no hace seis meses. Es imposible que lo hayais olvidado.

Al oír este severo lenguaje, Lin-ing tembló en todos sus miembros; pero su espanto llegó al colmo cuando vio á Ching-tang adelantarse hácia él con un ademán amenazador, y cuando oyó esas reconvenciones muy merecidas que cayeron de los labios de su bienhechor:

—Monstruo de ingratitud, ¿contarás aun con la benevolencia del emperador, después de la indigna conducta que has observado conmigo? Señor juez, os pido justicia.

En el mismo instante y á una señal de Pau-kong, Lin fué despojado del sombrero y del cinturón, insignias de su rango, luego le tendieron en el suelo y le aplicaron cuarenta palos para obligarle á confesar su crimen. Lin vio que el término de su impostura habia llegado y confesó toda su traición; entonces le cargaron de cadenas y le llevaron á la cárcel.

Al otro día el juez presentó al emperador una memoria que contenia todos los pormenores del asunto. Jin-tsang quiso ver á Ching; le interrogó con bondad y escuchó el relato de sus singulares aventuras.

Cuando hubo concluido el emperador dirigió al anciano muchos elogios y le dijo:

—Puesto que el cielo os protege de un modo tan evidente, no puedo menos de imitar respetuosamente su ejemplo. Vuestro

hijo será promovido á un puesto elevado, y el decreto se publicará mañana.

Ching dió gracias respetuosamente al emperador y se retiró. Al otro día se publicó el edicto imperial. Lin, que habia olvidado todo sentimiento de gratitud y de justicia, fué condenado á la pena de muerte. Tsuy, yuen fué nombrado gobernador del distrito de Wuhien, y el mismo día tomó posesión de su puesto. Un decreto especial ordenó á los magistrados que hicieran elevar un arco de piedra en memoria de las virtudes de Ching-tang.

En conformidad al edicto imperial, el juez Pau hizo salir á Tsui yuen de su encierro y le invistió con las insignias de su nueva dignidad.

Por el solsticio de invierno del mismo año el ingrato Linnig fué decapitado.

R. B.

HOMENAJE.

A LA POETISA ADRIANA BUENDIA.

I.

Como el lejano arrullo
De la paloma,
Ha llegado tu acento
Que dulce entonas
Acá en la playa,
Do me puso el destino
Ha una semana.

II.

Y al oírlo Dios sabe!
Cuanto he gozado,
Dulce, tierna paloma,
De arrullo blando,
Que de mis penas
Me sacas y á la dicha
Veloz me llevas.

III.

Los mirlos y jilgueros
Del bello Rimac,
Escuchan tus cantares
Oh tierna niña!
Cual los acentos
De las lirás melifluas
Del almo cielo.

IV.

Weber, Verdi y Bellini
No son tan dulces
Como los cantos tuyos
Ay! no lo dudes!
Que hablan al alma
De los puros amores
Que Dios le graba.

V.

Yo he escuchado en los bosques
Do están mis lares
Alondras, oropéndolas,
Mirlos, turpiales
Fisches, jilgueros
Ruiseñores, canarios;
Mas no como ellos.

VI.

Canta, preciosa niña,
Flor nacrada,
Que apenas tu corola

La besa el alba
Y ya el perfume
Mas delicado y suave,
Niña, produces.

VII.

Canta, tierna paloma,
De arrullo blando,
Esos amores puros
Que Dios te ha dado,
Como en los bosques
Canta la alondra
Dulces amores.

VIII.

Canta que el cielo quiso
Que tú nacieras,
Cantando las delicias
De esta tu tierra,
Do las magnolias,
Las violetas y dalias
Se dan airosas.

IX.

Canta, que aquí las brisas
Son mas que suaves,
Cuando corren airosas
Allá en la tarde
Tus dulces coplas
Melodias son del cielo,
Niña dichosa.

X.

Canta que el hombre justo
De esta comarca
Ceñirá en tu cabeza
Bellas guirnaldas
De ricas perlas,
Premiando así la gloria
De tu terneza.

XI.

Yo no puedo ofrecerte
Nada en el mundo,
Soy un bardo infelice
Que vive oculto,
Sin luz ni calma:
Solo te ofrezco ¡ay! niña
Cantos del alma.

FRANCISCO LLANOS OREJUELA.

Lima, 1875.

COLABORACION BOLIVIANA.

LOS CRUCIFICADOS.

(L' ANNÉE TERRIBLE.)

El fuego fátuo que alimenta el odio
Es para la insensata muchedumbre
Su astro polar, su guía fiel, la lumbre
Que ilumina la senda de verdad.
La mentira, gusano vil, se arrastra
En la huella de todo ser gigante:
Y la diadema de una sien brillante
Es de espinas que punzan sin piedad.

Para la sed de un Dios la hiel se guarda;
Son manto de los astros densas nieblas;
Donde quiera que hay luz, es que hay tinieblas.
Espantoso equilibrio! y sino oid:—
Mercader de mujeres Fideas era.
Legó á su vicio Sócrates su nombre.
Horacio hizo que á Vesta se le asombre...
Jugaba con las cabras... — Proseguid.—

Caton echó un esclavo á la lamprea.
Miguel Anjel servil, siendo romano,
La espalda doblará, al tender la mano.
Debajo de la férula papal.
Del Dante vagabundo en la mirada
Se ve brillar la sórdida codicia.
Moliere enseña á su hija vil malicia.
Voltaire? avaro—Diderot? venal.

Un ébrio es San Martin. Bolivar? sátiro...
Ah! ante tu tribunal, jenero humano,
Todo jenio demanda gracia envano:
Nadie escapa al castigo aterrador.
De la calunnia en el suplicio infame
No hay quien salve de ser crucificado.
Hoy ó mañana como en el pasado
Se es inmortal á costa del honor.

De la gloria el sendero hace pedazos
El jenio es monstruo: la naturaleza
El corazon, tritura la cabeza.
Se subleva contra él; nunca hacen paz.
Hasta que suba al Gólgota sangriento
Donde es preciso que un estigma afrente
Al que de aureola circundó su frente.
Tiene este á Zoilo—aquél tiene á Caifás!

La Paz, viernes santo, 18 de Abril de 1875.

J. R. GUTIERRES.



Las heladas mañanas de Mayo dejan sentir ya con fuerza, el hábito que se desprende de la garganta de los Andes. La lluvia descende como un rocío de brillantes, sobre nuestros verdes campos. Las plantas comienzan á cubrirse de su ropaje de esperanza, para preparar á las flores el abrigo de sus hojas; las mariposas huyen de los jardines, las golondrinas se ván, los salones se cierran y llega, al fin, el canoso invierno con su corona de nieve, á reinar por un tiempo entre nosotros.

Pasarémos las noches de Junio retovadas en gruesos paletos de paño, no al lado de la estufa que no tenemos en Lima, pero si en torno de la llama sagrada del amor de la familia, bajo el techo del hogar y rodeadas de nuestros mas caros afectos.

Un invierno con esas condiciones, no puede ser mal invierno. Sus veladas serán poemas de amor y de esperanza, que darán por resultado algunos programas matrimoniales.

**

Y ya que de matrimonios hablo, voy á ocuparme de una novedad verdaderamente original.

Ha visto la luz pública un periódico titulado "Las noticias matrimoniales" por el que

su editor anuncia que ha establecido en Lima una agencia donde pueden ocurrir las personas que desean contraer matrimonio.

Imajínese, dice entre otras cosas que una señorita quiera casarse y no tenga con quien, no hará mas que presentarse á la agencia, donde se le proporcionará un novio que la haga feliz, pagando se entienda los respectivos derechos.

Un joven extranjero, añade despues, que quiera casarse, no hará mas que ocurrir á la ajencia y allí encontrará novias al escojer, señoritas, jóvones, bonitas con plata y llenas de hermosura y encanto.

¿Habrás visto semejante cosa? y dice muy en sus trece el buen editor que ha venido á prestar un grande é importante servicio á la sociedad limeña.

Si allá, en los países donde el amor y la felicidad se calcula al tanto por ciento y no por las nobles inspiraciones del alma, han alcanzado buen exito las ajencias matrimoniales, sepa el muy célebre Jacobs que las peruanas protestamos de sus intentos, y que no verémos en su oficina, en su gaceta matrimonial mas que unos objetos de charla en los ratos desocupados. La muger peruana por desvalida que sea, estima en mas sus afecciones, su mano y su porvenir, para ir á ofrecerse en una agencia de matrimonios, como una mercaderia que se vende en pública subasta.

Hará negocio el agenciero, desempeñando un papel *bien importante*, pero sus clientes no serán hijos de la ciudad de los vireyes: podría asegurarlo.

**

Bien triste ha pasado, en esta Capital, el nóveno aniversario del glorioso combate del Callao contra la escuadra española. El dos de Mayo de 1875, ha sido un desengaño.

En el Callao la cosa ha ido menos mal; pero si se suprime la funcion de regatas que es la que ha hecho la fiesta, no habria tenido que envidiar ese dia el público de Lima.

Las carreras del Jueves en la cancha de la Legua han sido tambien muy concurridas. Parece que tanto en ellas como en las regatas del Callao los *Lilas* y los *Rosados* han tomado gran parte; pero ignoro el resultado porque en ello ha habido cierta reserva de parte de los interesados. No obstante algunas interesadas deben estar en pormenores de lo ocurrido.

Los *Lilas* y los *Rosados* gozan de innumerables simpatias. Son dos colores que en la mas estrecha amistad se hacen la guerra mas cruda. Yo no sé que pensar: pero dicen algunas que en ello *hay gato*.

**

Pobre de acontecimientos es la semana que expira, Poco hay en Lima que llame la atención de una manera especial. Se hace necesario ocurrir á los poriodicos extranjeros, para adquirir algunas noticias de lo que pasa en los grandes centros de civilizacion. He aquí algunas de esas noticias:

Dice un diario ingles, hubo en Wolverhampton un gran meeting en favor del derecho de sufragio de las mujeres. Entre las oradoras se encontraba Miss Sturge, quien hizo notar que *cuando los jueces ponian á las mujeres en el nivel de los perros y los caballos, no tenia nada de extraño que los hombres de carácter violento*

se creyesen con derecho para apalearlas y mal-tratarlas. Se votaron algunas resoluciones en pró del derecho electoral femenino:

**

Mr. Hollovay ha comprado en Egham una gran propiedad para fundar una Universidad, en la cual recibirá el sexo femenino las facultades científicas necesarias para el ejercicio de varias profesiones.

Anúnciase con ese motivo en Lóndres un gran meeting convocado por el fundador, para cambiar ideas acerca de la manera de instituir el establecimiento que deberá admitir 400 alumnas.

**

Las mujeres de Guanajuato (Méjico) protestan contra la nueva ley de abolicion de los conventos, dicen:—'Prometemos no reconocer como padres, hermanos ni maridos á todos aquellos que directa ó indirectamente tomen parte en la accion del Congreso para espulsar á las hermanas de caridad.

**

Esta última noticia sí que tiene sus bemoles. Se trata de una cuestion en que la moral cristiana y la causa liberal de los pueblos americanos juegan de una manera importante.

Pero aparte de toda discusion, es preciso confesar que las mujeres de Guanajuato se muestran mas que amables con los mejicanos. Se conoce que no son de merengue.

ADRIANA BUENDIA.

Lima Mayo 7 de 1875.

Soluciones á la charada del No. 26.

La primera con la cuarta

Forma *Marta*

La tertia con la primera

Hacen el vervo *Rimar*,

De manera

Que debemos agregar

Tan solo *ga* por segunda,

Mucho abunda

Aquella flor esquisita,

Es de muchísimo olor

Y en su forma y su color

Es graciosa *Margarita*.

CAROLINA OTINIANO.

MARGARITA.

Las señoritas:—Louji—Nicolasa de la Quintana—Manuela Miranda—C. de la G. Hurtado—Lucia Concha—Aureola Calero—Delfina d' Ugard—Rosalva Pedemonte—Corina Mendez—Y. L. C.—D. C.—Elvira Nieto—Mateana Polo—Juana de D. Delgado—F. de G.—A. Revoredo—F. N. Rivero.—

CHARADA.

Mi primera y mi segunda es lo primero,
Sin sentidos mi tertia no existiera
Ni mi cuarta si letras no te diera;
Mas todo encontrarás si eres certero
Contando nueve meses desde Enero.

B. T.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho. N.º 128 y 130.